

Los lenguajes de la tejuela de alerce y los territorios que no vemos

Pedro Pablo Achondo Moya ⁽¹⁾

Resumen: El artículo propone, a través de una lectura fenomenológica de la tejuela de alerce, nuevas posibilidades de comprensión y relación entre la vida humana y lo otro-que-humano. La crisis socioambiental y epistémica en la que estamos inmersos, impulsa una reflexión sobre la vida. Esta reflexión requiere ampliar la mirada para reinterpretar las materialidades y los vínculos que construyen la vida sobre el planeta. La tejuela de alerce, narrada en sus múltiples interacciones e interpretada a partir de sus propios lenguajes (materiales, temporales y territoriales) nos conduce –asombrosamente– a una amplitud del pensar, del sentir y del conocer el territorio y la vida que se enmaraña en él.

Palabras clave: tejuela de alerce - territorio - crisis socioambiental - temporalidades - lenguajes.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 87]

⁽¹⁾ Doctorando en Territorio, Espacio y Sociedad (D_TES). Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU). Universidad de Chile. pedro.achondo@ug.uchile.cl

*El alerce es capaz de dos maderas:
la porfiada y la dulce.
Tiene doble ánimo, como algunos de nosotros:
en su complexión fuerte, se queda siendo elástico
y esta flexibilidad
se la cuentan los constructores como su mejor virtud.*
Gabriela Mistral, 1945. Petrópolis

Cada especie es un mosaico de pedazos sacados de otras especies
Emanuele Coccia, Metamorfosis

Introducción

En los tiempos actuales donde todo, o casi todo, necesita ser repensado y revisitado ampliando los enfoques epistemológicos y las perspectivas con las cuales hemos comprendido la realidad, puede ser interesante volver sobre los objetos, las cosas, lo inanimado. A través y a partir de ello, además de todo lo que nos rodea, vamos conociendo, comprendiendo e interpretando el mundo.

La tejuela de alerce, en cuanto devenir de un árbol y objeto manufacturado por las manos artesanales del humano, viene a contarnos historias y a transmitirnos información que no siempre estamos ávidos a reconocer. Ya sea por un saber, un pensar y un conocer arraigados en concepciones culturales e ideas filosóficas donde lo inerte, lo no-vivo, “los objetos”, no merecerían la misma atención que “los sujetos” y donde la llamada cultura continúa posicionándose como superior a la naturaleza.

En tiempos de crisis socioambiental y disputa epistemológica son precisamente las fronteras de la naturaleza-cultura y del dualismo sujeto-objeto los que entran a un nuevo campo de interpretación. Dicho de otra manera, los tiempos de crisis planetaria han venido, también, a poner en tela de juicio nuestros conceptos y lenguajes y, en definitiva, nuestras maneras de relacionarnos con el mundo o, en palabras de Marisol de la Cadena y Blasser (2018), con los pluriversos en los cuales la vida humana se encuentra inserta.

En cuanto a la confección de tejuelas, el tejuelero Carlos Castillo Levicoy dice que:

Los mapuche-huilliches poseían una técnica para obtener tablones a partir de troncos, mediante la introducción de cuñas de maderas duras (p.ej. *Amomyrtus meli* (meli) o *Amomyrtus luma* (luma)) con la ayuda de un combo o mazo del mismo material, cortando trozos longitudinales (tablas o tablones) y siguiendo la fibra natural de los árboles utilizados: *Fitzroya cupressoides* (alerce), *Pilgerodendron uviferum* (ciprés de las Guaitecas), *Austrocedrus chilensis* (ciprés de la cordillera), *Saxegothaea conspicua* (mañío de hoja corta), *Drimys winteri* (canelo), *Persea lingue* (lingue), entre otros (2015, p. 8).

En este artículo, fundamentalmente de revisión bibliográfica y una incipiente aproximación en terreno, queremos repensar esas relaciones humano y más-que-humano. Para ello le hemos pedido ayuda a la tejuela de alerce, como vehículo, lenguaje y materialidad. Y, desde ahí, preguntarnos por las temporalidades, el territorio y la construcción de una nueva comunidad humano-ambiente. Asumimos –en palabras de Stefan Helmreich– que las aproximaciones “transversales, oblicuas o laterales” pueden producir interpretaciones bastante más interesantes sobre la realidad del mundo, que las teorías explicativas (Myers y Hustak, 2020, p. 29).

Temporalidades enmarañadas

La filosofía contemporánea (Deleuze y Guattari, Haraway, Latour, Morton; entre otros), sobre todo, aquella que tiene que ver con las relaciones con el medioambiente y las reflexiones en torno a la crisis civilizatoria (Escobar, Leff, Rivera Cusicanqui, Marisol de la Cadena y Blasser) nos instan a pensar en flujos, en ensamblajes y en correspondencias. Como respuesta a un pensar en compartimentos y categorías cartesianas, hemos ido percibiendo que la vida humana se entrelaza con lo otro-que-humano al modo de marañas y madejas, como interrelaciones y entrelazamientos. Vamos enmarañándonos tentacularmente (Haraway, 2016) con todo lo que nos rodea, con los objetos presentes en el ambiente, con las ideas que adquirimos para comprenderlo todo, con los devenires y temporalidades con las cuales cohabitamos en el espacio.

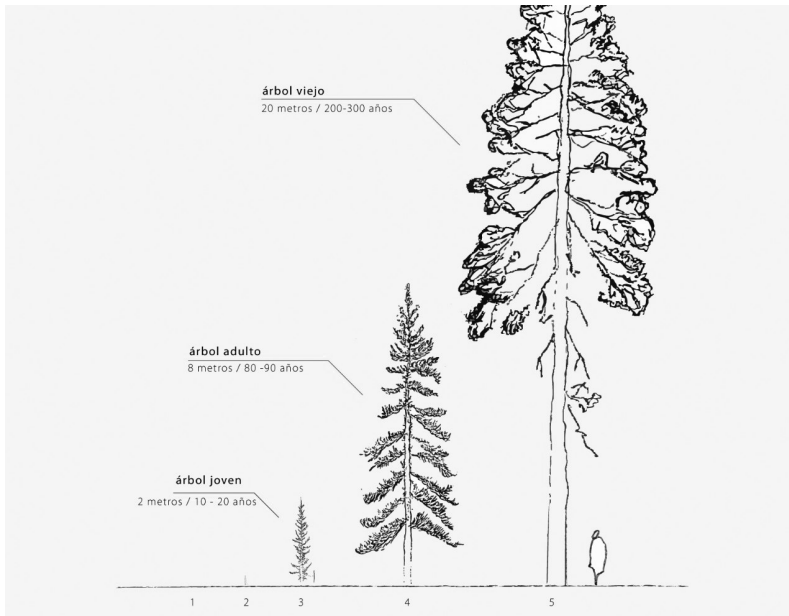


Figura 1. Cinco momentos del Alerce. Elaboración Propia.

La tejuela de alerce contiene una temporalidad más-que-humana. Ella proviene de un árbol, en general del “árbol viejo”, aquel que ya lleva entre 200 a 300 años de vida. Al menos. No es exagerado ni ilógico comprender la materialidad de la tejuela como una prolongación de su árbol, por eso es posible afirmar que en ella ya está contenido un tiempo largo. La tejuela de alerce ha cautivado a artistas, artesanos, diseñadores y arquitectos, debido a la belleza estética, a la facilidad y versatilidad de su uso; llegando a constituirse en lo que algunos poéticamente y con mucha razón han llamado la piel del archipiélago de Chiloé (Ramos, 2018; de la Sotta y Lares, 2019). Pero, sin dudas, quienes han de llevarse el crédito son los tejueleros y alerceros, los trabajadores dedicados al oficio del tejuelo, el arte de confeccionar las tejuelas de alerce. Un oficio, probablemente, en vías de extinción, desde que la *Fitzroya Cupressoides* se decreta como especie protegida y se prohíbe su tala (1976). Continuando la reflexión del antropólogo inglés Tim Ingold sobre *la ecología de los materiales* (Ingold, 2012) y siguiendo su idea de las *correspondencias* (Ingold, 2018), según la cual “es como si estuviésemos escribiéndonos cartas unos a otros y, al hacerlo, trayendo nuestras vidas –junto con las vidas de quienes y de qué contamos– en una especie de confluencia” (2018, p. 12); habría que decir bastante más de la tejuela. ¿Acaso ella deja de ser alerce? ¿Cómo considerar el tiempo que habita en ella? ¿Qué territorios contiene una tejuela? ¿Qué historias va hilvanando la tejuela entre el humano, el bosque, el oficio, el monte y el clima; por ejemplo?

Podríamos identificar al menos cuatro temporalidades enmarañadas y que la tejuela va enmarañando, a su vez. Primeramente, la propia temporalidad del “alerce madre”. Como se dijo, muy probablemente un espécimen centenario o milenario. No escatimamos al promediar 500-800 años como edad del árbol al momento de voltearlo, transformarlo en basas y luego en lo que serán las tejuelas. A continuación, la temporalidad humana, es decir, el momento histórico en que dicho árbol fue volteado y las tejuelas fabricadas, y la propia edad del humano o humanos implicados en la faena. Es el momento en que la temporalidad más-que-humana se entrelaza con las manos temporales del alercero/ tejuelero y su propia temporalidad, su historia, su vida y posicionalidad. Allí comienza una nueva historia, que como continuación y correspondencia del bosque viene a dialogar con la vida humana. Luego, de tal vez pacientemente esperar, la tejuela llegará a una casa: la mayoría de las veces a las propias viviendas de los tejueleros,

Quando surgieron los primeros poblados en Aysén, allí estuvieron, haciendo tejuelas, armando casitas de dos aguas, plantando papas, arvejas, árboles, criando cerdos, recetando curas de hierbas, compartiendo secretos ancestrales y dando sin esperar recibir, que es la marca del ancestro chilote en Aysén y donde quiera que vaya (Castillo Levicoy et al., 2012, p. 58).

La tercera temporalidad tiene que ver, entonces, con aquella de la vivienda o edificación. La tejuela instalada en esa techumbre chilota, en aquella iglesia patrimonial, en ese hogar humilde o incluso en aquel cementerio patagónico.



1



2



3

Fotografía 1. Cementerio de Bahía Murta, Coyhaique. Cortesía de Juliette Marín, 2021. **Fotografía 2.** Cementerio de Huillinco, Chiloé. <https://chilealcompleto.blogspot.com/2018/01/huillinco-chile.html> **Fotografía 3.** Torre de Iglesia de Quinchao, Chiloé. Cortesía de Isidora Ayala, 2020.

Una cuarta temporalidad vendría siendo la del observador humano de dicha tejuela. Ya sea el turista, el investigador, el visitante o el habitante de la comunidad. Pensemos en la persona que entra por primera vez a aquella pequeña Iglesia de Chiloé, levantada en 1880, donde se encuentra esa tejuela que a su vez fue fabricada hace más de 150 años (cf. Iglesia de Quinchao, Chiloé, por ejemplo. Ver Fotografía 3). Es un día cualquiera del año 2020. Un par de visitantes capturan con su lente la tejuela instalada y atenta en la torre de la Iglesia. ¿Cómo comprender esos entrelazamientos temporales? ¿Qué estamos capturando en realidad, un paisaje estático, una huella del tiempo, un objeto otro-que-humano habitado por lo que queda de un bosque milenario?

Podríamos complejizar aún más las marañas temporales contenidas y relacionadas con esta tejuela. Pensemos en aquellos mausoleos (Fotografía 1 y 2): Allí, en un tiempo humano detenido por la muerte se entrelaza el tiempo del observador, del familiar que va a dejar sus flores, con el tiempo del cementerio mismo –su creación e historia que alberga– y, con

el tiempo de aquella tejuela que embellece la casa última del humano que allí descansa. ¿Dónde está el bosque en ese espacio? ¿Cómo leer las huellas del tiempo en las vetas de esa pequeña tejuela rojiza?

Pensemos en los interesantes hallazgos de la dendrocronología (Muñoz et al., 2020; Lara, 2016). Área de investigación que las últimas décadas ha tomado fuerza. La dendrocronología permite leer el tiempo, precisamente, contenido en el interior del árbol. A medida que va creciendo el árbol va generando unos anillos que es posible ver una vez cortado. El alerce nos deja la huella dendrocronológica de sus relaciones interespecie, da cuenta del ataque de parásitos y luchas por sobrevivir. Todo ello para luego, en forma de tejuela, formar parte de una Iglesia del sur de Chile y comenzar a albergar cantos y oraciones, súplicas y esperanzas. A través de la dendrocronología de los enormes anillos de alerce, ha sido posible reconstruir la temperatura de verano de los últimos mil años en la zona del lago Frías en Argentina (Villalba, 1990), como también las temperaturas del sur de Sudamérica para los últimos 3600 años a partir de los anillos de alerce en Contao y el Parque Nacional Alerce Andino (Lara y Villalba, 1993).

Este tiempo largo y difícil de imaginar, cartografiado en forma de anillos, se encuentra presente en la tejuela. No solo porque en ella “de alguna forma” están presentes esos anillos, sino porque efectivamente están ahí visibles y palpables en forma de vetas, surcos y relieves. Los anillos del corte transversal del alerce son los que generan las vetas del corte longitudinal (Ver Figura 2). Las vetas poseen las marcas del tiempo y con ella o en ellas se encuentran los rastros de incendios, sequías, ataques de insectos y todo lo que el tiempo del árbol pueda almacenar.

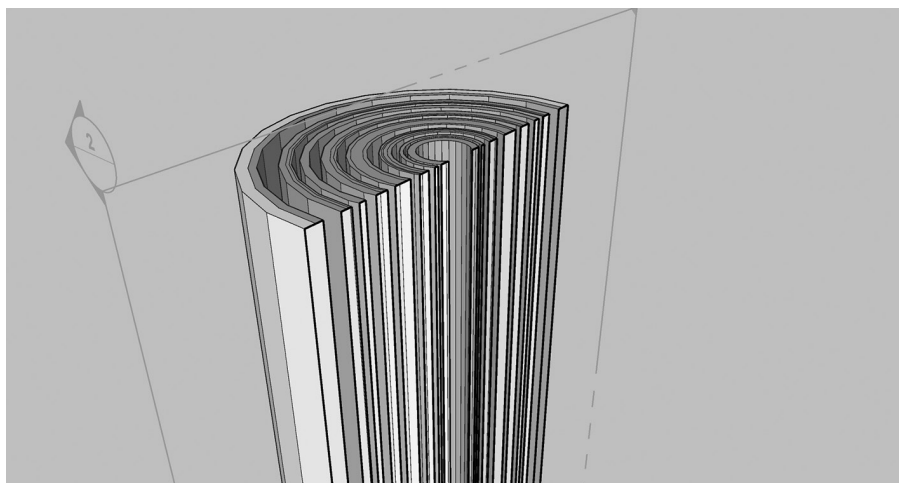


Figura 2. Líneas y anillos. Corte transversal y longitudinal simulado. Elaboración propia.

Otra dimensión temporal a la cual aquí no me referiré es aquella que hoy se tematiza en términos del Antropoceno (Morton, 2018; Lewis y Maslin, 2015; Crutzen, 2002; Moore, 2016; Chakrabarty, 2018; Tsing et al., 2020). La tejuela *del y en* el Antropoceno viene a abrirnos a otra temporalidad: la de la crisis socioambiental provocada por la acción antrópica y las perturbaciones humanas; en particular aquellas ligadas a la producción y la era industrial. Perturbaciones en escalas inusitadas y asombrosas¹, al punto de haber generado cambios en la litósfera terrestre.

De este modo, el enmarañamiento de las temporalidades nos sitúa en el cambio climático, en el oficio humano del tejuelero/alercero, en la contemplación estética de las formas de la tejuela, en la vida del bosque y en el descanso al final de la vida de una persona. Son otras historias las que podemos vislumbrar cuando consideramos el tiempo en su riqueza material y la manera en que nos habla en el presente del pasado.

Territorios invisibles

La polisemia del concepto territorio nos impele a definirlo. Para lo que nos concierne lo entendemos en su multidimensionalidad (cultural, ambiental, lingüística, afectiva, social y geográfica) donde se entrelazan interpretaciones, proyecciones, apropiaciones y ensoñaciones, como diría Gastón Bachelard (2000). Es decir, el territorio constituye también los cuerpos que allí habitan. Cuerpos entre cuerpos, dirá Giraldo y Toro (2020), aludiendo a lo humano y lo otro-que-humano. Los mismos autores llegan a decir que es el territorio el que configura al habitante: “El territorio es el que inventa los ojos que son capaces de verlo, los oídos aptos de escucharlo, la piel capaz de experimentar sus sensaciones táctiles [...] la lengua que saborea sus cosechas” (Giraldo y Toro, 2020, p. 106). Aunque esto último pueda ser matizado, no cabe duda de la imbricación constante entre comunidad humana, cuerpo propio, territorio y otros cuerpos. Habitamos el espacio que nos habita y de esa forma lo podemos reinterpretar, conocer, transformar, amar y, también, devastar. En este sentido nos situamos en continuación por una renovada racionalidad –sentipensante– en lo que respecta al estudio geográfico (Aliste y Nuñez, 2020).

La tejuela de alerce en su red de interrelaciones y correspondencias, en el devenir, en el siendo y en el estar, nos permite conocer de otra manera el territorio. El territorio se descubre caminándolo (Giraldo y Toro, 2020, p. 91) y también siguiendo las huellas, las marcas y trazos que van dejando los objetos e historias que allí se desarrollaron y desarrollan. Un territorio también son sus historias, relatos –sean estos orales o materiales; convertidos en objetos y construcciones humanas o presentes en paisajes y morfologías. Seguir estas huellas que la tejuela de alerce va provocando o tejiendo en el territorio puede ayudarnos a ver una parte de este que permanece invisible. O, dicho de otra manera, redescubrirlo con una nueva mirada. Y esto, por la sencilla razón de que no poseemos ni las categorías ni las herramientas para acceder a él. Para ello es necesario un trabajo inter y transdisciplinar, donde la ciencia, la tecnología y los saberes vernáculos puedan cohabitar; donde podamos interpretar lo que el propio territorio dice con ayuda de los habitantes y lo que el tiempo va trazando.

En la Cordillera Pelada es posible encontrar vestigios de una fuerte industria maderera, marcas en el territorio que dan cuenta, visiblemente, de un pasado que construyó una historia humano-ambiental con nefastas consecuencias para el bosque (Pacheco, 2018). De ese modo, las huellas de la tejuela de alerce nos vinculan a un territorio que podríamos, en una primera aproximación, identificar como: (1) Degradado/herido, (2) Valorado/protegido y (3) Extraviado/desconocido. Veamos brevemente cada una de estas dimensiones y de qué manera la tejuela de alerce nos refiere a ello.

1. Los territorios degradados nos transportan a la prehistoria de la tejuela, a saber, el bosque explotado y hoy, en no pocos lugares, desaparecido. Esta dimensión del territorio la denominamos como *geopatética*² y alude a las afectaciones y perturbaciones que acontecen entre los humanos y lo otro-que-humano. La tejuela de alerce contiene en sí el pasado de un territorio herido y el presente de un territorio invisible (Ver Fotografía 4).

2. Los territorios valorados corresponderían a aquellos ligados al oficio del tejuelo artesanal. Esta dimensión nos vincula al saber biocultural y el conocimiento adquirido a partir de las relaciones entre el tejuelero, el bosque y el oficio mismo. Es un territorio invisible en el sentido que se encuentra plasmado en la piel y en los cuerpos de quienes labraron, caminaron, pernoctaron y habitaron los bosques durante su vida.

3. Finalmente aludimos a un territorio probablemente menos accesible y cada vez más estudiado (véase las actuales aproximaciones posthumanistas a la geografía y lo más-que-humano, la geografía no-representacional y las denominadas geohumanidades, donde la antropología y la literatura –ecocrítica– poseen trabajos cada vez más interesantes), a saber, aquel conformado por la relación humano y más-que-humano. Nos referimos a estos vínculos enmarañados como constructores y habitáculos de territorios extraviados. Territorios que nos rondan y rodean, que nos modifican y alteran sin siquiera, muchas veces, percibirlo. Es justamente aquí, nos aventuramos a hipotetizar, donde los afectos, los sentimientos y afecciones juegan un rol fundamental.



Fotografía 4.

Locomóvil como huella patética de un bosque devastado. Antiguo Fundo El Guindo, Cordillera Pelada; La Unión. Pedro Pablo Achondo, 2021.